

ponga la asercion de los cronistas algo exagerada <sup>(1)</sup>. Decimoslo, porque no debieron quedar los musulmanes tan completamente deshechos, cuando al poco tiempo se los vió vengar en Mindonia el desastre de San Esteban de Gormaz, haciendo en las tropas de Ordoño considerable matanza.

Pero otro suceso, de mas compromiso aun, sobrevino al año siguiente, no ya solo al rey de Leon, sino al de Leon y al de Navarra juntos. El ilustre Sancho Garcia (Abarca), que despues de haber dilatado maravillosamente los términos de su reciente reino habia encomendado la direccion del estado á su hijo Garcia, y retirádose él al monasterio de Leire, veia su provincia invadida cada dia y sin cesar hostigada por el valeroso Almudhaffar que guerreaba por la parte de Zaragoza. La noticia de una mas numerosa irrupcion de musulmanes debió despertar su antiguo ardor bélico, y hubo de dejar el claustro para acudir al socorro de su hijo: ello es que nos presentan las crónicas á uno y otro príncipe pugnando por rechazar el torrente invasor: y como se sintiesen todavía débiles para resistirle, reclamó Garcia el auxilio del monarca de Leon. No vaciló el leonés en responder al llamamiento del navarro, y púsose en marcha para darle ayuda. Acompañábanle dos prelados, Hermogio de

(1) Silens. p. 297.—Sin embargo no tenemos otra guía para estos sucesos que las crónicas cristianas, pues los historiadores árabes guardan aqui un profundo, y como si fuese estudiado silencio.

Tuy y Dulcidio de Salamanca <sup>(1)</sup>, llevados de aquella aficion á las lides y al estruendo de las armas que tenia entonces contaminados á sacerdotes y obispos. Invitó Ordoño á varios condes de Castilla á que se le incorporáran y ayudáran en esta empresa, mas ellos, ó abiertamente se negaron, ó por lo menos no respondieron á la excitacion, y Ordoño prosiguió con sus leoneses hasta juntarse con Sancho y Garcia, y verificada que fué la union marcharon en busca del enemigo que hallaron acampado entre Estella y Pamploña, ó mas bien entre Muez é Irujo en un valle que por estar cubierto de juncos se llamó Val-de-Junquera (921).

Allí se dió la batalla de este nombre, tan fatal para los tres reyes cristianos. Disputada fué la victoria, pero declaróse por los agarenos, los cuales, entre otros muchos cautivos, llevaron á Córdoba los dos ilustres prelados. Dulcidio pudo al fin obtener su rescate: Hermogio para poder volver á su diócesis tuvo que dejar en rehenes á su sobrino Pelayo, niño de diez años, que encerrado en un calabozo alcanzó despues la palma del martirio, y cuya desventurada y lastimosa historia mas adelante referiremos. Derrota fué la de Valdejunquera que hubiera podido ser mucho mas desastrosa para los cristianos, y muy señala-

(1) El mismo á quien, siendo presbitero de Toledo, envió Alfonso el Magno á Córdoba á estipular con Abdallah las condiciones de la paz.

damente para el rey de Navarra, si en lugar de seguirle las huellas no hubieran tomado los moros con estrañeza general el camino de Francia por los ásperos y rudos senderos de las montañas de Jaca, sin que sepamos qué objeto pudo moverlos á tan aventurada expedicion. Sabemos sí que algunos llegaron por la Gascuña hasta Tolosa, donde acaso se contentaron con la curiosidad de visitar rápidamente, ó con la vanidad de poder contar que habian visitado los países donde habian llegado las armas de sus mayores. De todos modos al regreso tuvieron ocasion de reconocer su imprudencia, porque rebechos Sancho y García, los esperaron en los terribles desfiladeros del Roncal, donde vengaron la derrota de Valdejunquera, por mas que Murphy parezca ó negarlo ó ignorarlo <sup>(1)</sup>.

Tampoco hablan las historias árabes de lo que hizo el rey de Leon durante la expedicion del ejército musulman allende el Pirineo. Parece estudiado olvido el que sobre estos reinados padecieron los escritores mahometanos. Mas no por eso hemos de dejar de mencionar nosotros la atrevida incursion de Ordoño II. por las tierras musulmicas, asegurando el cronista Sampiro que llevó su arrojo hasta ponerse á una jornada de Córdoba <sup>(2)</sup>. De vuelta de esta arriesgada correría y hallándose en Zamora tuvo el sentimiento

(1) Abarca y Moret en sus historias.—Murphy, c. 3.

(2) Chron. n. 18.

de perder su primera esposa Elvira <sup>(1)</sup>, á quien amaba mucho, y de quien tenia cuatro hijos y una hija, Alfonso, Sancho, Ramiro, García, y Jimena: sentimiento que no le impidió contraer segundas nupcias con una señora llamada Aragonta, gallega tambien como Elvira, y á la cual repudió luego <sup>(2)</sup>, pasando á tomar otra tercera muger de la sangre real de Pamplona, Sancha, hija de García <sup>(3)</sup>.

No podia olvidar el monarca leonés el desaire y agravio que le hicieron los condes de Castilla en haberse negado á acompañarle y auxiliarle en la guerra de Navarra; y como á su falta atribuyese en gran parte el desastre de Valdejunquera, determinó castigar con todo rigor á los que tanto habian ofendido su autoridad. El resentimiento parecia fundado: el castigo no le aplaudiremos nosotros si fué del modo que Sampiro refiere. Cuatro eran los condes que principalmente se habian atraído al enojo del rey, y los mas poderosos de aquella época; Nuño Fernandez (el sue-

(1) Sampiro la llama Nuña. El arzobispo don Rodrigo la supone dos nombres, cosa muy comun en aquel tiempo.—Florez, Reinas Católicas, tom. I. pág. 79.

(2) Este acto del repudio, que algunos escritores censuran ágríamente en Ordoño, y que otros omiten como quien huye de lastimar su reputacion, era muy frecuente en aquellos tiempos, y de ello encontraremos en lo de adelante ejemplos muy repetidos. En Navarra, al decir de Yanguas (Hist.

de Navar. pág. 43), los nobles podian divorciarse libremente segun fuero, y los plebeyos pagando un buéy de multa. El obispo de Pamplona Pedro de Paris aconsejó á Sancho el Sabio que no permitiese semejante abuso, y el rey con acuerdo de los ricos-hombres mandó que los matrimonios hechos con capellan y sortija no pudieran deshacerse.

(3) Florez, Reinas Católicas, tom. I.

gro de su hermano y predecesor don García), Abolmondar el Blanco (en cuyo nombre no puede desconocerse la procedencia árabe), su hijo Diego, y Fernando Ansures. Sabedor Ordoño de que todos cuatro se hallaban reunidos en Burgos, los invitó á una conferencia en un pueblecito de la provincia llamado Tejares sobre las márgenes del Carrion. Acudieron allí sin desconfianza los desprevenidos condes; y tan luego como los tuvo en su poder hízolos conducir, cargados de cadenas, á las cárceles de Leon: despues de lo cual ya no se supo mas sino que todos habian sido condenados á muerte. De desear seria que se descubriera, si llegó á formarse, el proceso de estos desgraciados.

Dos solas ciudades de Navarra se levantaron por la causa de los condes, Nájera y Viguera (entonces Vecaria ó Vicaría). Nuevamente solicitó el navarro el auxilio del leonés para el recobro de las dos fuertes ciudades rebeladas, y nuevamente acudió Ordoño en persona al frente de su ejército, y obrando en combinacion con García, no tardó en poner á su amigo y aliado en posesion de aquellas dos importantes plazas. En esta espedicion, última que hizo el rey Ordoño (923), fué cuando obtuvo la mano de la princesa Sancha <sup>(1)</sup>, viviendo aun la repudiada Aragonta.

Poco tiempo pudo gozar de los halagos de su nue-

(1) Sanctiva la llama Mariana.

va esposa. Regresado que hubo con ella á sus estados, sorprendióle la muerte en el camino de Zamora á Leon (enero de 924) á los nueve años y once meses de reinado. Fué el primer monarca que se enterró en la suntuosa catedral de Leon, que él mismo habia hecho erigir desde 916 en el sitio donde estaban los palacios reales <sup>(1)</sup>.

Aunque Ordoño II. dejaba los cuatro hijos varones que hemos nombrado, á ninguno de ellos le fué dada la corona. Los magnates y prelados colocaron en el trono de Leon á su hermano Fruela, que gobernaba las Asturias dándose el título de rey, verificándose asi que todos tres hijos de Alfonso el Magno fueron sucesivamente reyes de Leon, con perjuicio de los hijos del segundo: bien para la unidad española, porque de esta manera volvieron á unirse en el tercero de estos príncipes Leon, Galicia y Asturias, divididas á la muerte de su padre. No sabemos qué pudo mover á los grandes á dar esta preferencia á Fruela II., cuyo corto reinado de catorce meses solo ha suministrado á la historia dos actos de insigne crueldad é injusticia cometidos con dos hijos de un caballero leonés nombrado Olmundo, condenando á muerte al uno, y desterrando del reino al otro, que lo era Fronimio, obispo de la ciudad, sin razon ni causa que se sepa, como acaso no los sospechára

(1) En su sepulcro se leen dos largos epitafios latinos, que son como un compendio de su historia.

cómplices de las anticipadas pretensiones de Alfonso, hijo de Ordoño II., al trono que ocupaba su tío. De todos modos no debió aparecer justificado el motivo, puesto que el hecho le concitó la odiosidad de sus súbditos, y á castigo providencial de aquella arbitrariedad tiránica atribuyeron la temprana muerte del rey (925), y la inmunda lepra de que sucumbió. Algunas fundaciones y donaciones piadosas y un camino público hecho en Asturias, todo antes de ser rey de Leon, fueron los únicos recuerdos que dejó este monarca (1).

En el mismo año que se coronó rey de Leon Fruela II., falleció el ilustre rey de Navarra Sancho García Abarca, dejando por sucesor del reino á su hijo García Sanchez llamado el Temblon (2).

Refiérese tambien á este tiempo la creacion de un famoso tribunal en Castilla; creacion que aunque descansa en el testimonio del arzobispo don Rodrigo, escritor muy posterior á la época de los sucesos, alcanzó gran celebridad histórica, y ha sido despues objeto de graves cuestiones entre los críticos. Hablamos de la institucion de los *Jueces de Castilla*. Refiérese que indignados los castellanos de las arbitrariedades de los monarcas leoneses, y no siéndoles fácil levantarse en armas contra su autoridad, acordaron

(1) Sampir. Chron. n. 20.— batalla, no de miedo, añaden, sino Risco, Esp. Sagr. tom. 37. por natural ardor é impaciencia

(2) Porque temblaba, dicen, y de vencer al enemigo. se agitaba siempre al entrar en

proveer por sí mismos á su gobierno, á cuyo fin eligieron de entre los nobles dos magistrados, uno civil y otro militar, con nombre de *Jueces*, título que les recordaba su mision de hacer justicia, no el derecho de autoridad sobre los pueblos, ni menos el de oprimir su libertad. Que para este honroso cargo nombraron á Lain Calvo y á Nuño Nuñez Rasura, yerno aquel de este, aquel para los negocios de la guerra por ser varon de grande ánimo y esfuerzo, á este para los asuntos civiles, por su mucha instruccion y prudencia. Que estos magistrados juzgaban por el Fuero Juzgo de los visigodos, y que bajo esta forma semi-republicana se rigió la Castilla hasta que se erigió en condado independiente. Por último, que de estos dos primeros jueces trajeron su procedencia y fueron oriundos los ilustres Fernan Gonzalez y Rodrigo Diaz de Vivar, que sucesivamente se hicieron despues tan célebres en los fastos españoles (3).

Del mismo modo que Fruela II. habia sido ante-

(3) Emitiremos mas adelante nuestro juicio sobre esta institucion, que admitió sin vacilar Mariana, que niegan sus comentadores, y sobre la que escribió Masden una de las *Ilustraciones* de su *Historia Crítica*.—Diremos, no obstante, que en la provincia de Burgos, á trece leguas de la capital, partido judicial de Villarcayo, existe un pueblo llamado *Visjueces*; en el pórtico de su iglesia se ven dos estátuas de piedra, que dicen representar los dos primeros jueces de Castilla, sentados en actitud de administrar justicia, por ser este el pueblo donde supone la tradicion tenían su residencia y tribunal los dichos jueces, y de aqui el nombre de *Visjueces*, corrupcion del antiguo *Vijudico*. Al pie de las estátuas se leen las siguientes inscripciones:

Laino Calvo fortissimo Civi Gladio, Galeæque civitatis.  
Nuño Rasure Civi sapientissimo civitatis Clipeo.

puesto en la dignidad real á los hijos de su hermano Ordoño, así á su fallecimiento se vieron á su vez postergados los hijos de Fruela eligiendo los grandes al mayor de los de Ordoño, Alfonso, que ciñó la corona con el nombre de Alfonso IV. (1): prueba grande de la libertad electiva que seguían ejerciendo los preladados y nobles del reino. De carácter pacífico y devoto Alfonso IV., aunque débil y voluble, comenzó su reinado con un acto de justa reparación, llamando del destierro y reponiendo en su silla al obispo Frónimio relegado por su tío Fruela (927). En el mismo año hizo una expedición á Simancas, donde erigió silla episcopal. Pero inclinado Alfonso á las prácticas y ejercicios de devoción, y más dado á ellas que á los cuidados del gobierno, resolvió en el quinto año de su reinado abdicar el cetro para retirarse al claustro, y llamando á su hermano Ramiro que se hallaba en el Bierzo (entre Leon y Galicia) con acuerdo de los grandes y demás electores reunidos en Zamora, hizo en él cesión formal de la corona de Leon (11 de octubre de 930), ejecutándose lo cual se retiró al monasterio de Sahagun sobre el río Cea, donde tomó hábito de monje.

Dejemos reposar en su claustro al monje ex-rey, mientras damos cuenta de cómo marchaban las cosas

(1) Los hijos de Fruela, habidos de su primera esposa Nunilona Jimena, eran tres, Alfonso, Ordoño y Ramiro, y otro tenido fuera de matrimonio nombrado Azenar. Su segunda muger, se llamaba Urraca. Florez, Reinas Católicas, tom. I.

del imperio musulman bajo la vigorosa conducta del emir Almumepin Abderrahman III.

Los moros rebeldes de Sierra Elvira habían vuelto á lograr algunas ventajas sobre las tropas imperiales, y su primer caudillo Azomor se había apoderado otra vez de Jaen. Otra vez también tuvo que acudir Abderrahman en persona á apagar el nuevo incendio. Al aproximarse á Jaen huyeron los sediciosos á sus guajaras y riscos, y Azomor fué á buscar su último asilo en Alhama, ciudad fuerte por su natural posición, guarnecida además con gigantescas torres, provista de almacenes y rebosando de agua sus algibes. Pero allí le siguió Abderrahman, resuelto á no alzar reales hasta ver á sus pies la cabeza del pérfido Azomor. Rudos y obstinados fueron los ataques, y obstinada y ruda la defensa de los sitiados. Desesperaba al califa la dilación de un sitio en que veía comprometida su honra. Al fin aplicado un combustible á una parte enmaderada del muro, que calcinando la obra sólida produjo su desplomo y abrió una ancha brecha, por encima de aquellos ardientes escombros, penetraron arrojadamente en la ciudad los soldados del rey. Muchos defensores murieron peleando: todo lo que se halló con vida en la población, sin distinción de edades ni sexos, fué pasado á cuchillo: reconocióse entre los moribundos á Azomor acribillado de heridas y horriblemente desfigurado. Abderrahman en cumplimiento de su promesa mandó decapitarle, y su ca-

beza fué el parte triunfal que se envió á Córdoba.

De Alhama pasó el califa á Granada, cuya pintoresca situación, bordados ya de jardines los amenos valles del Darro y del Genil, agradóle mucho y se detuvo allí algún tiempo. Allí bajaron á prestarle sumisión los rebeldes de las sierras, que privados de su jefe se vieron en la necesidad de reconocer al califa, quedando así extinguidas unas facciones que por espacio de medio siglo habían tenido en continuo desasosiego la Andalucía y ensangrentado muchas veces sus campos.

Terminada esta guerra, volvió el califa su atención hácia Toledo que en poder de Giafar, el hijo de Ben Hafsún, estaba siendo largos años hacia padron de afrenta para los soberanos Beni-Omeyas. Esta vez se propuso Abderrahman á todo trance recobrarla para el imperio. Por espacio de dos años hizo que sus caudillos se ocuparan exclusivamente en talar la tierra no dejando en pie ni mieses ni frutos de ningún género. Apurada ya de recursos la ciudad, convocó el califa todas las banderas musulmanas, y él mismo con sus cordobeses estableció su campo al norte de la plaza, el solo punto por donde no la ciñe el Tajo. Destruídos los antiguos edificios que había entre el campo y la ciudad y que servían de avanzados baluartes á los sitiados, de tal manera se apretó el cerco, que convencido Giafar de la imposibilidad de sostenerse trató con los principales toledanos sobre el mejor mo-

do de salir de tan difícil trance. Una mañana al romper el alba y cuando todo reposaba todavía en el campamento árabe, salió Giafar con dos mil ginetes, cada uno de los cuales llevaba otro soldado á la grupa ó asido á la cincha del caballo, y abriéndose impetuosamente paso á través del campo enemigo, cuando las tropas reales se apercibieron de este inopinado movimiento apenas pudieron ya hacer algunos prisioneros. El califa prohibió que se persiguiera á los fugitivos, suponiendo que le sería entregada la ciudad, y así fué. Aquel mismo día salieron comisionados á ofrecerle obediencia, aprovechando, decían, el primer momento en que se veían libres de sus opresores. Este había sido el plan concertado entre los toledanos y Giafar. Abderrahman aceptó benévolamente su ofrecimiento, dándoles seguridad de sus vidas y bienes; y entró el tercer Abderrahman en Toledo por la puerta Bisagra en el año 315 de la hegira (927), después de cerca de cincuenta años de estar la ciudad emancipada del dominio omniada <sup>(1)</sup>.

El gran recurso de los moros rebeldes cuando se veían vencidos era buscar apoyo en los cristianos. Así lo había hecho Caleb Ben Hafsún acogiéndose á Sancho Abarca el de Pamplona poco antes de su muerte, y así lo hizo ahora su hijo Giafar, prefiriendo hacerse vasallo del rey de Leon, que lo era Alfon-

(1) Conde, cap. 72 y 73.

so IV., á someterse al califa de Córdoba. A tal extremo llegaba la enemiga y el encono de los bandos y parcialidades que dividian á los mahometanos. Gran partido hubiera podido sacar de esta sumision otro que hubiera sido menos irresoluto y débil que el cuarto Alfonso.

Dejamos á este príncipe en 930 haciendo la vida de monje en el monasterio de Sahagun. Al año siguiente su hermano Ramiro II., mas animoso y resuelto que él, se hallaba en Zamora preparando una expedicion contra los moros, cuando llegó el inopinado aviso de que Alfonso, tan voluble en el claustro como en el trono, habia dejado la morada religiosa y trasladádose á la córte de Leon, cambiada otra vez la cogulla monacal por las vestiduras reales. Ramiro, de genio vivo y belicoso, y de temperamento irascible y fuerte, á la noticia de esta novedad mandó tocar clarines y blandir lanzas, y con el ejército que tenia preparado contra los sarracenos tomó apresuradamente el camino de Leon, y sin permitir un momento de descanso á sus tropas llegó á la ciudad, que asedió y estrechó hasta rendirla; apoderóse de Alfonso, y le encerró en un calabozo con grillos á los pies (1).

Acaso la noticia de esta prision hizo pensar á los tres hijos de Fruela II., Alfonso, Ordoño y Ramiro, que se hallaban en Asturias, en aprovecharse de las

(1) Samp. Chron. n. 24.

discórdias de sus primos para algun proyecto personal, y mas cuando no habrian olvidado que eran los hijos del tercer monarca leonés. Ello es que Ramiro II. pasó á Asturias á invitacion de los nobles asturianos, invitacion que hubo de parecerle sospechosa, puesto que fué bien prevenido y escoltado. Si habia desig-nios contra él, no solo supo frustrarlos, sino que apoderándose de los tres hijos de Fruela los hizo conducir á Leon, y encerrándolos en la misma prision en que tenia á Alfonso, en un mismo dia ordenó que á todos cuatro les fuesen sacados los ojos con arreglo á la cruel legislacion goda. Añádese que mas adelante los mandó trasladar al monasterio de Ruiforco, donde fueron tratados hasta la muerte con mas humanidad y blandura. Alfonso el Ciego, el ex-monje, vivió todavía mas de dos años. Habia tenido de su muger Iñiga un hijo, á quien veremos figurar despues bajo el nombre de *Ordoño el Malo* (1).

Tan luego como Ramiro II. se vió, aunque por tan crueles medios, afirmado en el trono, no permitiéndole su belicoso genio tener ociosas las armas, y no olvidando que aquel mismo ejército que le habia servido para reducir y castigar á su hermano y primos le habia reunido anteriormente para combatir á los sarracenos, celebró un consejo ó asamblea de los magnates del reino para acordar hácia qué parte de

(1) Samp. Chron. l. c.